

MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y VIOLENCIA EN MÉXICO

María de la Luz Casas

Abstract

En este trabajo se hará referencia primordialmente a la transmisión de violencia a través de la televisión y a sus posibles repercusiones sociales. Asimismo hará referencia a los avances en materia de investigación y medios de comunicación, pero también a aspectos poco tratados por los investigadores.

Una de las temáticas que mayormente ocupa los titulares de los periódicos, los noticieros de radio y televisión e incluso las conversaciones privadas es la violencia. Resulta casi inevitable que en cualquier plática de sobremesa algún amigo o familiar relate el último acontecimiento violento, o bien se refiera a algún episodio reciente de criminalidad.

Quizás uno de los aspectos que más duramente apuntan a fenómenos de descomposición social sea precisamente la violencia. La ciudad se transforma, la calle se vuelve territorio de nadie, y el hogar que pudiera parecer el último reducto para la seguridad personal y familiar ha sido vulnerado ya por los delincuentes. El narcotráfico, la corrupción, el desgaste de las instituciones políticas y sociales han creado un marco propicio para cometer actos delictivos. Al mismo tiempo, los medios de comunicación han encontrado tierra fértil para sus programaciones en aquellos ilícitos que se cometen a diario. Así la violencia se presenta cada vez de manera más frecuente en los medios de comunicación como parte de noticieros o reportajes especiales. Los ciudadanos llevados tal vez por el morbo o por la desesperación, se contemplan a diario en las pantallas televisivas para ser testigos directos de las transformaciones sociales que está viviendo el entorno, un poco para constatar lo que está sucediendo, otro poco para tener tema de conversación con los demás y aprovechar para lamentarse del futuro que vendrá para sus hijos.

¿Será cierto que al igual que en muchos de nuestros países latinoamericanos, en México, en los últimos años hemos experimentado modificaciones crecientes a los índices de criminalidad? Según los datos proporcionados por las autoridades de la Ciudad de México «en los últimos años, sobre todo después de la grave crisis económica de 1995, la criminalidad en el D.F. ha crecido notoriamente. En este período los delitos denunciados se duplicaron hasta llegar a 706 delitos diarios en noviembre de 1997»¹. Las autoridades nos dicen, sin embargo, que a partir de diciembre de este año «... ha habido una disminución de 8.4 por ciento en las denuncias por delitos con violencia, así como una baja del 4% en las demandas en general»². Las autoridades frecuentemente argumentan que la criminalidad en la ciudad de México no es notablemente superior de la que puede experimentarse en cualquier otra de las grandes metrópolis de nuestro planeta, y que de acuerdo con el incremento de la población que ha experimentado el país en los últimos años, es normal que se perciba un aumento en la tasa de delitos violentos.

Sin embargo, si la ciudad de México está haciendo esfuerzos por disminuir la criminalidad urbana, ésta se ha multiplicado de una manera atroz en otras ciudades del país. En fechas recientes, por ejemplo, un personaje casi mítico apareció en las primeras planas de los periódicos y en las pantallas de los televisores de todo el país. Le apodaron «el mochaorejas». Se trata de Daniel Arizmendi, nacido en el poblado de Miacatlán en el Estado de Morelos, quien encontró una verdadera industria en el negocio del secuestro y que para presionar a los familiares de las víctimas se dedicaba a amputarles orejas o dedos y a enviárselos a los familiares con el propósito de presionarles para que le entregasen rescates millonarios. Con el dinero se dedicó a comprar residencias, automóviles y otros lujos que mostraba abiertamente. El caso fue cubierto ampliamente en los medios en todo el país y en el extranjero, pues la operación de este criminal llegó a vincular a distintos niveles a funcionarios del gobierno estatal. Es evidente que los altos niveles de corrupción de las instituciones hicieron posible que este criminal operara desde distintos ámbitos y llegara a afectar a un sinnúmero de personas, desde pequeños y medianos empresarios de la localidad, cuyos hijos fueron secuestrados, hasta importantes hombres de negocios en las ciudades de Querétaro, Puebla, y en la propia Ciudad de México.

Los medios de comunicación dieron cuenta de las más de trece residencias de propiedad de Arizmendi, en las cuales mantenía a sus víctimas y en las que también almacenó más de un millón de dólares producto de sus rescates. Cuando la policía detuvo a uno de sus hijos, su esposa y nuera, Arizmendi advirtió que no se entregaría. Detenidos posteriormente su hermano y algunos otros de sus cómplices, proporcionaron datos que finalmente redituaron en la captura del asaltante³.

Cuando Arizmendi fue detenido la cobertura de los medios fue excepcional. Televisión Azteca, una de las principales televisoras en México con cobertura nacional, proporcionó la primera entrevista. En ella Arizmendi aclaró que no se arrepentía de lo que había hecho y que no sentía remordimientos. Cuando le preguntaron por qué lo había hecho, dijo que primero había sido por necesidad, luego por darle a su familia todo aquello de lo que siempre había carecido y luego

conforme iba obteniendo ingresos astronómicos dijo que se había convertido en un reto, a ver cuántos secuestros más podía lograr sin que lo atraparan. Indicó que para él se trataba de un trabajo como cualquier otro, y que a él le daba satisfacción hacerlo bien, que le daba satisfacción personal hacer la negociación con los familiares y ver hasta dónde podían llegar. Se trataba pues, de una habilidad. La difusión masiva del caso Arizmendi provocó todo tipo de delitos relacionados, desde los autosequestros a través de los cuales algún político o empresario atraía la atención de los medios, los secuestros por un día, en que las víctimas eran obligadas a ir al banco a retirar sus ahorros para entregarlos directamente a los secuestradores o bien los secuestros fantasma en los cuales los familiares eran avisados que la víctima había sido secuestrada, obligándolos a entregar en cuestión de horas el rescate, precisamente cuando sabían que la víctima se encontraba sana y salva en otra parte. (En una ocasión el supuesto jovencito plagiado simplemente habría ido al cine con unos amigos sin comentarlo a sus padres).

La descripción detallada de la mecánica del secuestro provocó alud de ilícitos. Los medios mexicanos dieron cobertura amplia al caso con el fin de alertar a la población sobre las prácticas regulares de los secuestradores, pero al mismo tiempo «educaron» a criminales potenciales, instruyéndolos acerca de cómo cometer sus fechorías. En suburbios pobres de la capital mexicana se dio el caso de jovencitos que secuestraron por unas cuantas horas a niños, con el fin de poder pedir rescate a sus familiares.

Así pues la criminalidad, como una de las tantas manifestaciones que existen acerca de la violencia, puede recibir distintas explicaciones: hay quienes asocian el incremento de la criminalidad justamente a la crisis económica. El desempleo, dicen, es una de las razones fundamentales por las cuales aquellos que han sido desprovistos de la posibilidad de proveer para su familia, han recurrido a la criminalidad como última o quizás única vía para su sustento. Otra tesis, que complementa la aseveración anterior, tiene que ver con los bajos niveles de educación formal que padece nuestro país y con una alta deserción a las aulas; así los jóvenes desorientados recurren al crimen, a la drogadicción y a la violencia como única solución a sus problemas. Adicionalmente estaría el hecho de que la violencia viene asociada a distintas otras formas de criminalidad; hoy en día por ejemplo, difícilmente se da un asalto o robo que no esté acompañado de violencia extrema, y lo que es peor, la impunidad de la que gozan los delincuentes acrecienta las posibilidades de que la violencia se perpetúe.

Finalmente estaría la tesis que asocia la violencia al ritmo de los tiempos. Las sociedades modernas, desprovistas de un sentido último para su existencia, recurren a la violencia como explicación o como manifestación de repudio ante los bajos niveles de libertad y equidad que nos ha traído este fin de siglo y de milenio. ¿Y qué hay de la violencia política? ¿de la lucha por el poder? ¿de la posibilidad de una nueva guerra sobre Irak o de la violencia interétnica que afecta a gran parte de nuestras sociedades? ¿qué hay de la violencia intrafamiliar y del maltrato a los niños? Todas ellas también son algunas de las tantas manifestaciones que afectan a nuestras sociedades en este fin de siglo y fin de milenio.

¿Y qué sucede con los medios de comunicación? ¿Serán los medios meros retransmisores de lo que sucede a nuestro alrededor, o serán ellos mismos una de las causas del incremento de la violencia social? ¿Cuáles son los medios que mayormente causan conductas violentas en los receptores? Ya desde la década de los 30 los científicos sociales habían comenzado a atribuir cierta influencia a los medios de comunicación en la conducta de los receptores; cuestiones como el incremento en la votación por cierto candidato, campañas propagandísticas a favor o en contra de determinada ideología política, o el impacto de la publicidad, particularmente en la radio, habrían sido temáticas que habrían permitido pensar en la existencia de una influencia razonablemente fuerte de los medios de comunicación hacia los receptores. ¿Por qué no pensar entonces que la violencia también tendría impactos específicos? ¿Por qué no pensar sobre todo que, siendo la radio exclusivamente un medio auditivo, el impacto de la televisión como medio audiovisual sería aún mayor?

Algo que siempre ha preocupado a los investigadores de los medios de comunicación ha sido el papel que éstos juegan frente a la sociedad. Es innegable el amplio poder de los medios en cuestiones de socialización, retransmisión de la herencia cultural, formación de opinión pública, etc.

Un asunto que no puede pasar desapercibido es que, sean o no espejos de la realidad, los medios de comunicación juegan un papel preponderante en las sociedades modernas. De hecho, el avance acelerado de las sociedades modernas puede asociarse directamente a la velocidad en la capacidad de retransmisión de la información esencial para la sociedad en cuestión; aquello que importa es qué tan rápidaent puedan ser informados los centros principales de poder para la toma de decisiones, en esa medida dicha sociedad tendrá una capacidad de respuesta adecuada para satisfacer los requerimientos de su entorno. En el caso de la violencia, ¿es la violencia uno de los tantos factores que rige nuestro mundo moderno y por lo tanto los medios deben exponerla? O bien ¿son la violencia y la criminalidad hechos reprobables y por lo mismo los medios deben de fungir como censores sociales?

Así, podemos sintetizar la principal preocupación de los científicos sociales básicamente en dos sentidos: ¿son los medios un simple reflejo de la violencia que existe en la sociedad? o bien, ¿la violencia social es producto de la violencia que transmiten los medios? Esta es una problemática para la cual no es posible proporcionar una respuesta única.

El impacto que la descripción de la violencia ha causado sobre la conducta del público es un tema que ha apasionado a los investigadores desde la década de los 60, especialmente debido al advenimiento de la televisión⁴.

Estados Unidos es probablemente el país que mayor cantidad de contenidos violentos produce para la televisión y el cine, es decir, es un país en donde la violencia ha encontrado inclusive una forma importante de comercialización, y es en este país donde sistemáticamente se ha venido generando información científica sobre los efectos violentos de la televisión en respuesta a contenidos violentos⁵. Sociólogos, psicólogos sociales, investigadores en el campo de la comunicación, educadores, representantes religiosos, padres de familia y numerosas instancias a nivel social se han manifestado en contra de la violencia en los medios⁶.

¿Qué dice la ciencia de la comunicación sobre la violencia y los medios?

Existen algunas teorías genéricas en relación a la percepción y a los medios de comunicación que establecen que las diferencias en la percepción de los mensajes de los medios (percepción selectiva) depende de factores tales como la edad, el sexo, las relaciones sociales con sus grupos de pares o iguales, la influencia de los líderes de opinión en la comunidad, etc.

A nivel general existen los siguientes planteamientos en torno a la violencia y los medios de comunicación:

Algunos de los primeros estudios, realizados en los años 60, establecen que el acto de presenciar contenidos violentos aporta al público experiencias agresivas indirectas, y que éstas sirven como vehículo inofensivo para aliviar sus sentimientos de hostilidad y frustración, esto es, el vivir una experiencia violenta vicariamente disminuye la probabilidad de que los espectadores incurran directamente en un acto de tipo violento.⁷ Un aspecto relacionado directamente con esta teoría tiene que ver con los niveles de frustración acumulados por el individuo que son los que lo llevan a cometer actos violentos. Al quedar expuestos a contenidos violentos por parte de los medios, lo único que sucede es que se desata un proceso catártico que permite exteriorizar dichos niveles de frustración. Así el medio funciona como simple vehículo o mediador de la experiencia violenta, en donde aquellos individuos que posean niveles de frustración y hostilidad considerables serán quienes estén más proclives a expresar comportamientos violentos. En Estados Unidos se hicieron algunos esfuerzos de investigación, incluso en términos de comparar los efectos de la exposición a contenidos violentos, en sujetos provenientes de distintas clases sociales. Los investigadores concluyeron que las personas de clases sociales bajas pueden tener mayores necesidades de catarsis que las personas de clase media o alta; así los contenidos violentos en los medios de comunicación pueden ser «especialmente útiles» a los individuos de clases bajas, quienes no han aprendido a «moderar sus impulsos agresivos y a externarlos por otras vías».⁸

Algunos otros investigadores trabajaron la hipótesis de que la exposición a los estímulos agresivos incrementa la susceptibilidad de una persona para la excitación fisiológica y emocional, lo cual a su vez incrementa la probabilidad de que ejercite una conducta agresiva⁹, e incluso llegaron a sugerir que los medios de comunicación audiovisuales son provocadores de una excitación fisiológica tal que aumenta los niveles de intensidad emocional en los espectadores y por tanto la probabilidad de intensas reacciones de conducta. Nuevamente el grado de la agresividad relacionada con la conducta depende de la frustración existente en el momento en el que se presencia, por ejemplo, un contenido violento en la televisión¹⁰.

Ahora bien, pese a los contenidos eminentemente conductistas del enfoque anterior, muchas de las acciones emprendidas por la sociedad civil en relación al control de los contenidos violentos de los medios en distintas partes del mundo emanan de la base teórica anterior, es decir, la presentación de contenidos violentos en los medios puede tener distintos orígenes, como pueden ser el demostrar los efectos de una guerra por ejemplo, o el hacer vivir una experiencia vicaria al seguir a nuestro héroe cuando se deshace de veinte enemigos, él sólo y sin ayuda. El contexto en el que es presentado el contenido violento puede variar y desde luego el espectador podría discernir cuándo éste es producto de la realidad o de la ficción dependiendo de sus experiencias personales anteriores, pero lo que esta teoría plantea es que independientemente de contexto, observar un acto violento provoca ciertas respuestas del cuerpo al más estricto nivel fisiológico; razón por la cual los contenidos violentos deben ser cuidadosamente dosificados.

Otros planteamientos bastante generalizados apoyan en el supuesto de que las personas pueden aprender una conducta agresiva al observar la agresión que surge en descripciones hechas por los medios de comunicación, y bajo ciertas condi-

ciones, modelar su conducta sobre los personajes que surgen de estos medios¹¹. Así la violencia en televisión, o en otros medios, aumenta la probabilidad de conductas agresivas en los espectadores.

Los actos violentos aprendidos, sin embargo, no son puestos en operación a menos de que se suscite una situación que los provoque, pero sí pasan a formar parte del *bagaje* socialmente aprendido por el sujeto. En tal circunstancia se ubican, por ejemplo, los aprendizajes que los espectadores pueden o no realizar al estar en contacto con la descripción de crímenes o asesinatos violentos.

Esta teoría se basa en la capacidad de aprendizaje de individuo y relaciona las características de soporte de la televisión o de diversos medios audiovisuales como factores decisivos para la obtención de aprendizajes significativos. De tal suerte, así como los niños son capaces de aprender los colores, a hablar o a comportarse a través de la televisión, un adulto por ejemplo, que nunca hubiese imaginado la forma de cometer un asesinato, quizás aprenda a cometerlo a partir de la descripción de un crimen o de los contenidos a los que estuvo expuesto.

De acuerdo con esta teoría sin embargo, la utilización de los contenidos derivados del aprendizaje depende, evidentemente, de la capacidad del individuo para discernir su aplicación en la realidad y de los niveles de maduración que le permiten observar en qué medida dicha conducta es aceptable socialmente. Por otra parte, quienes toman en consideración esta capacidad didáctica de los medios, afirman que una dosis de violencia es aceptable siempre y cuando el resultado se presente asociado a la conducta violenta reprochable. En otras palabras el medio de comunicación está autorizado a presentar el hecho violento siempre y cuando la presentación vaya acompañada de censura al acto, o muestre sus consecuencias sociales¹².

Los investigadores también han planteado la posibilidad de que la presentación de contenidos violentos en los medios no sea la causante de las respuestas violentas en el público, sino que las imágenes de violencia simplemente *refuerzan* los niveles de violencia que los espectadores poseen de antemano. En otras palabras, las verdaderas causas de la violencia en los individuos son los valores sociales y culturales, las características de la personalidad, la influencia de la familia, etc. Así, la percepción de contenidos violentos en los medios simplemente reforzará los patrones de conducta previamente establecidos en el sujeto por intermedio de otras instituciones sociales como la familia, la escuela, los pares, etc.¹³

La ausencia de normas o patrones sociales estables, sin embargo, puede ser también la causa para los comportamientos violentos. Es decir, la desintegración familiar, la crisis social de los valores, la crisis económica y otras constituyen parte fundamental de las razones por las cuales el sujeto puede reforzar conductas violentas a través de los medios, como forma de aminorar cuestiones no resueltas. La programación violenta en la televisión puede llenar un vacío en las vidas de estas personas, al punto en que lleguen a apoyarse en las creencias y en los actos de los personajes de la televisión, como guías para la conducta propia; en dado caso, el efecto de los programas televisivos iría más allá del refuerzo, provocando aumentos significativos en la probabilidad de conducta agresiva en esos espectadores¹⁴. Sin embargo, si las relaciones sociales de las personas, en su hogar, en su trabajo, son estables, la conducta agresiva será suprimida a favor de comportamientos socialmente aceptados.

Por supuesto, en general la respuesta de los propietarios de los medios de comunicación se ubica en este sentido, al establecer que el papel de los medios de comunicación es simplemente el de mostrar lo que sucede en la realidad; que los contenidos violentos que se suceden en la misma no son responsabilidad directa de los medios, y que en todo caso, las respuestas de los receptores a los contenidos violentos de la comunicación dependen de la estabilidad de otras instituciones sociales como la familia o la escuela.

Un enfoque más establece que el mundo simbólico de los medios, y en particular la televisión moldea y cultiva las concepciones que los espectadores pueden tener sobre el mundo real¹⁵.

El caso de los niños es especial ya que la interpretación que ellos obtienen, especialmente del cine y la televisión, es que en este mundo simbólico es posible utilizar la violencia como forma para obtener ventaja en las luchas por el poder, que la violencia está permitida y que puede ser un arma muy poderosa para resolver conflictos, independientemente de la causa original por la cual se llega al conflicto¹⁶.

Por otra parte, la actividad violenta que presentan los medios se expresa como una actividad eminentemente masculina, ejercida primordialmente por unas clases sobre otras, por unos grupos sobre otros, relacionada con determinadas manifestaciones socialmente válidas de manera que los individuos aceptan los contenidos violentos que les *aparecen* en los medios

como naturales en la realidad.

En suma, los antecedentes teóricos que existen sobre el papel de los medios en su relación con la presentación de contenidos violentos van desde la elaboración de que los medios en su gran capacidad de penetración pueden lograr el aprendizaje violento, hasta que el origen real de la violencia se encuentra en el individuo y en sus frustraciones más hondas, sean éstas de tipo familiar, social, económico o de otro tipo.

No hay, sin embargo, ninguna evidencia empírica determinante que permita llegar a una conclusión definitiva al respecto. Como en todos los casos, cuando se estudia la realidad social, mucho depende del contexto y de las circunstancias. No es posible decir que los medios de comunicación no transmitan violencia, tampoco es posible decir que la violencia no existe más allá de lo que presentan los medios de comunicación. Lo que sí es un hecho es que la realidad *medial* es decir, la realidad media que presentan los medios, es una realidad tan real como la realidad misma, y que es determinante para muchos miles de mexicanos.

¿Qué dicen las investigaciones recientes acerca de la violencia en los medios de comunicación?

A partir de las investigaciones realizadas en otros países se ha venido desarrollando un debate a escala mundial que todavía no esclarece el papel de los medios de comunicación, especialmente el de la televisión, en su relación con la violencia. Algunos gobiernos han integrado comisiones de estudio, o bien códigos de comportamiento, con el fin de frenar los ingredientes violentos como parte de las programaciones de las principales cadenas televisivas internacionales.

Es un hecho que la violencia vende, convirtiéndose así en el bien comercial máspreciado que existe. En abril de 1993 se llevó a cabo en Montreal, Canadá, un coloquio internacional sobre la violencia en la televisión, que reunió a estudiosos de la comunicación, funcionarios gubernamentales y medios de varios países del mundo. Sin detenerse ya a establecer si los medios de comunicación son o no causantes de la violencia, los participantes al coloquio simplemente expusieron lo que cada uno de sus países se encuentra haciendo en la materia algunos presentaron lo códigos de ética que regulan los contenidos de los programas y los sistemas de clasificación de los mismos otros apelaron a los padres de familia para normar la programación a la que tiene acceso el público infantil; otros más demostraron dispositivos que permite bloquear la programación no deseada; por su parte los países de la Unión Europea indicaron que ya han puesto en marcha normas colectivas morales que obligan a los radiodifusores públicos privados a respetar ciertos valores¹⁷. Países como Francia, Gran Bretaña Nueva Zelanda han hecho adoptar lineamientos al respecto con la aplicación de sanciones mayores en el caso de no respetar ciertos lineamientos en la programación para menores de edad. Japón por ejemplo, indicó que inició desde 1980 estudios sobre el impacto de la violencia a largo plazo entre la población infantil, estableciendo una relación entre agresividad y exposición a contenidos violentos e incluso entre algunos estímulos televisivos y desórdenes de la conducta o psicomotores¹⁸.

No obstante lo anterior, poco se ha hecho en países en desarrollo; pareciera que la investigación sobre el particular no resulta prioritaria para algunos gobiernos. Sobresalen entre ellos los países latinoamericanos, en los que no existe investigación empírica sistemática sobre los contenidos de la televisión o del cine en su relación con comportamientos violentos¹⁹.

Ante la preocupación de que por distintas vías se esté haciendo una campaña generalizada de promoción y de la violencia o publicidad para el crimen, es que sectores sociales interesados han exteriorizado sus opiniones para lograr que sus respectivos gobiernos hagan algo al respecto. Países como Chile Argentina o México, reconocen que el tema de la violencia preocupa a los espectadores y están pugnando ante las instancias correspondientes, sobre las instituciones de medios y sobre los gobiernos nacionales para que los porcentajes de violencia, por lo menos en televisión que es el medio que incide más directamente en los hogares, se controlen.

Ya en la Consulta Pública en materia de Comunicación Social realizada en Ciudad de México en octubre de 1995, se decía en relación a la violencia en los medios de comunicación, particularmente en la televisión:

«En los medios de comunicación la violencia se presenta continuamente, pero el problema no es que se presente, sino la manera y la cantidad en que se presenta: no hay diferencia entre la violencia defensiva y la violencia ofensiva, entre la violencia que hace reír y la que aparece en una noticia, por ello proteger el desarrollo de la niñez y de la juventud, es una responsabilidad social que todos los sectores tienen y deben cumplir».²⁰

El problema es que la referencia al control en los contenidos de los medios se hace exclusivamente en el caso de la programación infantil, olvidando que niños, jóvenes y adultos tienen acceso a un cúmulo de informaciones violentas en el transcurso de una programación regular.

En investigaciones recientes realizadas por el periódico *Reforma*²¹ en relación al consumo cultural de los habitantes de la Ciudad de México se obtuvieron los siguientes datos: 87% de los entrevistados declararon acostumbrar ver televisión en 1996; 93% dijo hacer lo mismo en 1997, lo cual indica un incremento en la cantidad de población que recurre a la televisión como medio de comunicación. En 1995, 47% de los capitalinos veían en la televisión un medio especialmente de diversión y entretenimiento, sólo un 14% encontraba en él posibilidades informativas; en 1998 se registra un cambio sustancial: el 20% considera que la televisión sirve para entretenerse, mientras que el 47% piensa que es un medio importante para informar o educar. En 1996 los habitantes de la Ciudad de México prefirieron en un 21% al Canal 13 de Televisión Azteca y en segundo lugar, con un porcentaje mínimo de diferencia, el 20% dijo gustar de Canal 2 de Televisa; en 1997 el 28% dijo tener como canal favorito a Canal 2 y el 18% mencionó a Canal 13. Con respecto a la violencia: siete de cada diez capitalinos opinan que la violencia influye en la conducta de los niños y que éstos deben ser educados para poseer una mirada crítica frente a la televisión²².

En una segmentación más precisa, los resultados fueron los siguientes:

91% opina que la percepción de la violencia en televisión es una fuerte influencia negativa en el público; 24% opina que lo que más le disgusta de la televisión es que tiene mucha violencia. La mayor parte de los encuestados de la Ciudad de México se manifestó a favor de la censura (70% en contra de las series violentas y 59% en contra de escenas de violencia real en los noticieros)²³.

Al respecto de los contenidos violentos, especialmente en noticieros, el *Noticiero de Guillermo Ortega* Ruíz de Canal 2 de Televisa, quien reporta ser el más visto de los noticieros nocturnos con un promedio de 14.43 puntos de audiencia frente a los 10.69 puntos del Noticiero Hechos de Canal 13 de Televisión Azteca, declaró lo siguiente:

«De 22 emisiones nuevas que lleva el Noticiero de Guillermo Ortega, que sustituyó a 24 Horas de Jacobo Zabludovsky en Canal 2, únicamente se ha dedicado el 5.3% del total de las notas a hechos violentos. Ello significa que de 894 noticias que se difundieron hasta el miércoles 18 de febrero de 1998, sólo 48 fueron hechos de sangre».

Asegura Guillermo Ortega que pasan muy pocas informaciones al aire, sin embargo, como tienen un gran impacto, se quedan en la memoria y la gente relaciona el noticiero con lo rojo y se inconforma, pero como parte de su rechazo general hacia la violencia». Y continúa diciendo «Sí tuvimos un contenido más alto de notas rojas, pero fue producto de la enorme carga informativa de ese tipo. Nadie en nuestro equipo tiene predilección por transmitir hechos sangrientos»²⁴.

Lo que sí es un hecho, es que sea cual sea el canal de televisión más visto por los mexicanos, debido a distintas circunstancias-puede ser que entre ellas se cite la crisis económica, o los altos índices de criminalidad y violencia-el hecho es que los mexicanos pasamos gran parte de nuestro tiempo libre en casa frente a la televisión en donde por supuesto, somos testigos de más violencia.

El análisis sobre el consumo cultural en la ciudad de México, realizado por el antropólogo Néstor García Canclini, indica que uno de los factores sociales que destaca durante la década de los 90 es el papel protagónico de los medios de comunicación como proveedores de información y entretenimiento articuladores de la ciudad dispersa y organizadores de la esfera pública.

De acuerdo con García Canclini, la mayor parte de los habitantes de la ciudad de México dedican su tiempo libre: a ver televisión 21%, convivir con la familia 17% descansar 10%. Decece con respecto a años anteriores el salir con amigos, ir a fiestas salir de compras; apenas el 4% de los entrevistados dijo ocupar su tiempo libre en ir al cine. De aquellos que gustan ver películas, el 59% dijo ser cinéfilo, y el 49% dijo ser videófilo, lo cual indica que un buen porcentaje de lo que se ve en televisión es cine. Los filmes más socorridos en la encuesta fueron de acción, suspenso y terror con su correspondiente dosis de violencia cada uno. Así por ejemplo, las películas más recordadas fueron: *Anaconda*, *Batman*, *Scream* y *El mundo perdido*, mientras que entre los actores más admirados estuvieron Jean Claude Van Damme, Sylvester Stallone, Brad Pitt, Steven Segal, Arnold Schwarzenegger entre otros²⁵.

Paradójicamente según arrojan los datos de la propia investigación, los mismos encuestados que dijeron tener estas preferencias, juzgan negativo el que el cine genere violencia. Lo anterior se explica, según opinión del analista Sergio González a Rodríguez, por la existencia de una *doble moral*, según la cual cada espectador se siente responsable de sí mismo pero desconfía de los demás ante una situación idéntica. Así por ejemplo, los encuestados reconocieron el valor informativo y educativo de la televisión (47%), se declaran críticos ante la violencia (91%) pero no gustan de los programas culturales,

informativos y educativos, sino que prefieren telenovelas, películas y otros de entretenimiento.

Por supuesto que los datos anteriores corresponden a la Ciudad de México y no son generalizables a otras poblaciones o al país entero, también es importante tomar en cuenta algunas otras consideraciones de tipo metodológico sobre quién realizó la encuesta, el tipo de preguntas elaboradas, etc. Sin embargo, si recordamos y que en la Ciudad de México y zona conurbada habitan más de 20 millones de mexicanos como dato conservador, estamos hablando de más de un 20% de la población nacional, cifra nada despreciable si tomamos en cuenta que el fenómeno ha sido poco investigado en nuestro país. En todo caso, y en relación a investigaciones pasadas sobre el consumo de medios en México, ésta es la primera ocasión en la que aparece de manera tan marcada una preocupación recurrente en relación a la cantidad de violencia expresada en los medios.

El caso de México es particularmente interesante a ojos de los investigadores: somos una sociedad que retransmite ciertos niveles de violencia importada, es decir, contenidos violentos originados en otros países y comprados como parte de un paquete informativo o de entretenimiento que se transmite a través de nuestros medios masivos; pero además, somos una sociedad naturalmente violenta. No necesitamos ver violencia en la televisión para saber que la violencia en México existe.

En los últimos años los niveles de violencia real que se han sucedido en la sociedad mexicana han sobrepasado por mucho a la violencia ficticia que crean los medios: asesinatos políticos, encarcelamientos, narcotráfico, etc. son solamente algunas de las manifestaciones de violencia que los mexicanos vivimos día con día; resulta comprensible por tanto, que el mexicano promedio se encuentre tan comprometido y, por otra parte, tan preocupado por la violencia.

De alguna manera el ciudadano promedio llega a su casa después de una agotadora jornada de trabajo, con la esperanza de que podrá sentarse frente al televisor y relajarse un poco, para en cambio, encontrarse con que la televisión despliega una serie de contenidos violentos que le aterran, pero al mismo tiempo le atraen. Ya no es exclusivamente la violencia del programa de acción la que observamos por la televisión, también es la violencia real, la del noticiero que nos informa noche a noche sobre la realidad del país .

En el caso de la violencia que se presenta en televisión, ésta puede revestir diferentes manifestaciones: desde la violencia que aparece de manera natural en el noticiero, la violencia de la película de acción o de las series de suspenso, o bien la nota roja televisada. La Revista Electrónica de Nota Roja, como también se le ha dado en llamar a la televisión que explota el amarillismo, es una característica que hemos comenzado a explorar en México, pero que corresponde a un género ya trabajado en otras partes del mundo al que también se conoce como *Reality Show*, es decir, la presentación de hechos reales que se destacan por su sensacionalismo, morbo, violencia y criminalidad²⁶.

Es un hecho que cuando programas como *Ciudad desnuda*, *A sangre fría*, *Primer impacto*, *A través del video* y otros salieron al aire, contaban con uno de los ratings más altos de la televisión mexicana²⁷, pero es un hecho también que existe una preocupación creciente acerca de lo que nuestros hijos ven en las pantallas caseras. Al mexicano promedio le preocupa qué tipo de mundo y qué tipo de país es el que les va a heredar el día de mañana a sus hijos.

En términos generales los medios de comunicación, y particularmente la televisión, han comenzado a jugar un papel preponderante en la formación de la conciencia nacional y de la opinión pública; reconocemos en ellos sus capacidades para entretenernos y divertirnos, pero también para informarnos, el problema ahora radica en encontrar la credibilidad perdida en los informadores; consideramos que ciertas formas de control pueden ser bien ejercidas si apelamos a la ética de los informadores en relación con su responsabilidad pública hacia la niñez y la juventud, pero despreciamos a la censura como actividad represora del poder.

Como ha dicho recientemente el escritor Carlos Monsiváis: «Es preferible que se difundan emisiones basadas en hechos violentos a que sean suprimidas de la programación, pues ello significaría censura y es el ejercicio de ésta lo que realmente ofende la inteligencia de un país.»²⁸

En todo caso, en términos empíricos no nos hemos movido mucho más allá de lo que planteaban las teorías sobre medios de comunicación y violencia durante los años 60 y 70, tampoco hemos descubierto una relación causal entre el aumento de la criminalidad y la presentación de contenidos violentos en la televisión o viceversa; lo que sí podemos atestiguar es el movimiento de reconversión de los sistemas de medios, en particular la televisión, y especialmente en México. Lo que sí podemos afirmar es que hoy más que nunca los medios de comunicación están jugando un papel importante en la recomposición del entramado social y que vivimos tiempos violentos.

La violencia no es una opción, ni debe ser una opción para México, y en ese sentido los medios de comunicación tienen una grave responsabilidad: no en el sentido de dejar de reflejar la violencia que nos circunda, o que existe en la realidad, sino en el sentido de hacer una reflexión sobre sí mismos y sobre su actuar cotidiano en la forja de México y de las nuevas generaciones de mexicanos. Una re-flexión (vuelta a reflexionarse, verse a sí mismos) para, plegándose sobre sus prácticas, a través de la autocrítica y de la crítica de la violencia sin sentidorealizar una labor permanente de deconstrucción de los valores sociales y políticos de los ciudadanos que les permitan, por la vía de formar auténticos puentes de comunicación entre las personas, lograr la articulación de nuevas y positivas formas de construcción de la realidad.

NOTAS.-

1. Declaraciones del Ing. Cuauhtémoc Cárdenas en la a reunión de trabajo de la Comisión del Distrito Federal de la Cámara de Diputados con el Jefe del Gobierno Capitalino, reportado por Adriana Bermeo y Miguel Angel Juárez en el periódico Reforma, martes 24 de febrero de 1998, sección B. Ciudad, pág. 1.
2. Ibid.
3. <http://serpiente.dgsc.unam.mx/jornada/1998/980819/mochaorejas.html>. Versión electrónica del periódico mexicano *La Jornada*, que como tantos otros medios, cubrió la captura del Mochaorejas. *La Jornada* 19 de agosto de 1998; primera plana. Incluye notas adicionales en páginas interiores.
4. En opinión de algunos investigadores, la televisión ha hecho accesibles a numerosos sectores de la población contenidos que anteriormente no hubieran sido posibles a través de otros medios. Además ver televisión es una actividad que no requiere mayor esfuerzo, mientras que el consumo de otros medios como pueden ser los medios escritos, requiere mayores niveles de preparación y concentración acerca de lo que se lee.
5. Por lo menos un par de comisiones del Congreso de los Estados Unidos se encargaron durante la década de los 70 de analizar el problema, mismo que a últimas fechas ha vuelto a ser retomado como una de las preocupaciones personales del vicepresidente Al Gore y del presidente William Clinton. Ante la imposibilidad de prohibir la presentación de contenidos violentos en los medios de comunicación (incluyendo internet), a lo más que se ha llegado es a emitir una recomendación presidencial apelando a la responsabilidad social y moral de los programadores de los medios. Veremos posteriormente que una recomendación muy similar fue expresada por el presidente Ernesto Zedillo en fechas recientes, y que ésta dio como resultado el que algunas emisiones de la programación televisiva salieran del aire, como *Ciudad desnuda* de Televisión Azteca.
6. En México en fechas recientes algunos grupos empresariales incluso llevaron a cabo una campaña a nivel nacional, en la cual solicitaban el apoyo de la sociedad civil para la erradicación de la violencia en los medios. Algunos sectores de la sociedad se unieron a dicha iniciativa, pero otros la interpretaron como un movimiento de censura moralista proveniente de la ultraderecha. En todo caso, con algunas décadas de distancia, en México comenzó a hablarse al menos por primera vez con una actitud crítica, de los contenidos de los medios y de sus posibles consecuencias en el aumento de la criminalidad y de la violencia. Aquí podemos hacer mención de la campaña *En favor de los medios lo mejor* que fue iniciada y promovida por el grupo empresarial Bimbo, S.A. de C.V.
7. Seymour Feshbach. The stimulating vs. cathartic effects of a vicarious aggressive experience. *Journal of abnormal and social psychology* 63, (1961) pp.381-385.
8. Seymour Feshbach y Robert Singer. *Television and aggression*, San Francisco, 1971.
9. Leonard Berkowitz. *Aggression: a social psychological analysis*, Nueva York, 1962.
10. Percy Tannenbaum. *The entertainment functions of television*, N.J., 1980.
11. Albert Bandura y Richard Walters. *Social learning and personality development*. Nueva York, 1963.
12. En México fue muy sonado el caso de una pequeña que se suicidó accidentalmente al tratar de reproducir la escena final de la telenovela «La dueña», en donde la villana se quita la vida ahorcándose.
13. Joseph Klapper. *The effects of Mass Communication*. Nueva York, 1960.
14. Joseph Klapper. Statement before the National Commission on the Causes and Prevention of Violence. Washington, 1969.
15. George Gerbner y Larry Gross. The violent face of television and its lessons en: Edward Palmer y Aimee Dorr (comps.). *Children and the faces of television: teaching, violence, selling*. Nueva York, 1980.
16. Así por ejemplo, en los medios norteamericanos se nos presenta que el uso de la violencia puede ser justificable para resolver la crisis de Irak, y bajo este mismo razonamiento lógico, dependiendo de la forma de argumentación en la que se presente, la violencia podría ser justificable para resolver el problema de Chiapas.
17. En términos generales estamos hablando de países democráticos que valoran sobremanera la libertad de expresión y de información, por lo que la adhesión a estos códigos de comportamiento se hace sobre una base estrictamente voluntaria.
18. Sachiko Kudaira. Comentarios sobre los estudios realizados por el Instituto de Investigación de Radiodifusión Cultural del Japón, emitidos en la Conferencia Anual del Instituto Internacional de Comunicación (CIIC), México, setiembre de 1993.
19. Algunos estudios aislados, como el realizado por las universidades de Quilmes y Belgrano en Argentina, encontraron que sobre una muestra de 534 emisiones correspondientes a 47 programas para niños exhibidos entre el 16 de abril y el 25 de setiembre de 1994 y sobre 242 horas estudiadas, se detectó 4,703 escenas violentas, ¡lo que equivale a una escena violenta por cada tres minutos de programa! Otro estudio realizado por la Universidad Nacional Autónoma de México aseguró que los jóvenes ven un promedio de 2,001 horas de televisión al año y que a los quince años de edad ¡un joven ha visto ya aproximadamente 7,301 crímenes en televisión!
20. Comisión Especial de Comunicación Social. *Relatoría Foros Regionales de Consulta* (versión preliminar) Cámara de Diputados, octubre de 1995, pág. 155.
21. Los datos metodológicos de la encuesta fueron los siguientes: 800 entrevistas en la ciudad de México personas mayores de quince

años del 10 al 17 de enero de 1998. La muestra se diseñó considerando el Distrito Federal y los municipios conurbados con una estratificación para representar a los distintos niveles socioeconómicos de la población según los criterios trazados por el mapa BIMSA. Realizada por el periódico *Reforma*. Coordinación Rafael Giménez y Norberta Juárez.

22. Luis Enrique López. Televisión «(Mucho) Más de lo mismo». *Reforma*. Sección Cultura. Lunes 9 de febrero de 1998. Sección C, pág. 1.

23. Guillermo Orozco. «El espectáculo continúa». *Reforma*. Sección Cultura Lunes 9 de febrero de 1998, pág. 3C.

24. Adriana Garay. A un mes con Ortega. *Reforma*. Sección E, pág. 1.

25. Néstor García Canclini. «Análisis Espectadores que pueden ser ciudadanos». *Reforma*. Sección C.Cultura. Sábado 14 de febrero, 1998, pág. 2C.

26. Al respecto de la transmisión de programas de este tipo, ver por ejemplo el trabajo de Claudia Benassini Félix. «De cámara escondida a Ciudad desnuda: un estudio de la televerdad en la televisión mexicana». *Anuario de investigación de la comunicación CONEICC IV*, CONEICC, 1997, pp. 107-126.

27. Según datos proporcionados por la compañía IBOPE, de noviembre de 1995 a abril de 1996, dichos programas registraron uno de los más altos índices de audiencia de la televisión mexicana: *Primer impacto* logró 10.8 puntos de audiencia; *A través del video* 25.9; *Expediente 13/22.30* logró un 8.9 y *Ciudad desnuda* alcanzó un 8.3. Ligia María Fadul Gutiérrez, Fátima Fernández Christlieb y Beatriz Solís Leree. La pantalla se pinta de rojo en: Revista *Nexos* n° 224, pp. 89-89. Dichos programas fueron retirados de las pantallas caseras, pese a su popularidad, luego que el Presidente Ernesto Zedillo externó su preocupación por el contenido violento de los medios, especialmente de la televisión, razón por la cual las organizaciones productoras de Televisa y Televisión Azteca declararon solidarizarse con la sugerencia de la Secretaría de Gobernación y decidieron voluntariamente sacar sus emisiones del aire.

28. Comentario del escritor durante el debate «Los medios de comunicación, los periodistas y la democracia» Universidad del Valle de México. Plantel San Rafael, febrero de 1998. Publicado en el periódico *Reforma*, el sábado? de febrero de 1998, sección E pág. 8E.